

EDUCACIÓN Y VALORES DEL ESPÍRITU.

Manfred Max-Neef

Acabado ya aquel interminable Siglo XX, con su pesadísima herencia entre deslumbrante y aterradora, resulta pertinente iniciar la nueva etapa secular, explorando una pregunta clave: ¿Están nuestras instituciones cumpliendo en plenitud el papel que los actuales desafíos históricos le demandan? Me temo que la respuesta es una preocupante negativa. Me propongo, pues, explorar el territorio que esta inmensa pregunta nos demarca.

Pareciera que por primera vez en la historia, cuatro de las instituciones más determinantes en la orientación de las funciones de la vida humana: los gobiernos, las tradiciones religiosas, las corporaciones económicas y las Universidades, han convergido en la consolidación de la discontinuidad entre los modos de ser humanos y no-humanos. Al mundo distinto de lo humano no se le reconocen valores ni derechos inherentes. Valores y derechos se conceden fundamentalmente a lo humano. Al resto sólo en la medida en que es utilizado y utilizable por los humanos. Esta actitud, hoy tan consolidada, ha provocado un asalto devastador sobre miles, y quizás millones, de formas de vida, al grado que destacados biólogos como O. E. Wilson, Niles Eldredge y Norman Myers, consideran que una devastación de formas de vida de las actuales proporciones, no ha ocurrido en la tierra desde finales de la era Mesozoica, hace 65 millones de años.

Estamos atrapados en una inmensa desorientación cultural. Desorientación sustentada económicamente por las corporaciones, jurídicamente por los gobiernos y sus legislaturas, espiritualmente por las instituciones religiosas, e intelectualmente por la Universidad. Tal como se manifiesta en la actualidad, la Universidad prepara estudiantes, no para integrarse sinérgicamente con el mundo natural, para desde allí potenciar la creación humana científica, tecnológica y artística, sino mas bien para separarse de ese mundo a fin de extender cada vez más una humana actitud de acoso y de dominio, en la más pura tradición de Bacon y Descartes. Así, pues, la Universidad se ha transformado, quizás ingenuamente, en cómplice del hecho de que no sólo estamos modificando el mundo humano. Estamos cambiando la química del planeta e incluso su estructura geológica, además de los servicios que prestan los ecosistemas de la naturaleza. Estamos perturbando la atmósfera, la hidrósfera y la geósfera, desmantelando sistemáticamente un asombroso y

prolijo programa desarrollado por la naturaleza a través de miles de millones de años.

En la economía – por cierto la más arrogante y peligrosa de todas las disciplinas de nuestro tiempo – el divorcio entre la economía humana y la economía de la tierra, ha provocado resultados catastróficos. El que se considere como positivo que un Producto Humano se logre a costa de la declinación, e incluso de la extinción, de un Producto Natural, es un absurdo tan evidente, que resulta incomprensible que la actual enseñanza de la economía haga caso omiso de ello. Y más aún, que en el caso de la macroeconomía, la disminución de patrimonio se contabilice como aumento de ingreso, es tan aberrante que no se entiende cómo la mayoría de los economistas que, por otro lado enseñan que tal actitud a nivel de una empresa significaría la quiebra, se sienten satisfechos con ello cuando se trata de la Naturaleza que, en materia de servicios, es la mayor y más perfecta de todas las empresas. Lo lógico sería que la primera y más básica lección que las Escuelas de Economía debieran impartir es la importancia de conservar la integridad de la tierra, sin la cual no hay economía posible. Sin embargo, hasta muy recientemente, habría resultado en vano todo esfuerzo por encontrar una sola Universidad en el mundo, donde este primordial principio fuera enseñado a los estudiantes de economía. En la última década, aunque muy tímidamente y aún apabullado por la ortodoxia, algo está comenzando a cambiar en la dirección correcta, y a ello me referiré mas adelante. De cualquier manera, sigue resultando extraño que el biocidio y el geocidio se sigan practicando bajo la ilusión de que se está mejorando la condición humana.

Pero no sólo la economía es responsable de tales contradicciones, también lo es el derecho que, en las culturas occidentales, y a través de sus legislaciones, garantiza libertades individuales y derechos de poseer y disponer de propiedad, todo ello sin protecciones legales adecuadas para el mundo natural. Se trata de jurisprudencias profundamente deficientes, que no otorgan bases para que el planeta pueda manifestarse como una comunidad integral que incluye a todos sus componentes tanto humanos como no humanos. Sólo una jurisprudencia que interprete a la tierra como una comunidad integral, puede hacer posible un planeta viable. Algunos intentos significativos se han hecho en esta dirección, pero no a nivel de países individuales, sino que en el seno de las Naciones Unidas. Tal es el caso de la Carta Mundial sobre la Naturaleza, aprobada por la Asamblea General en 1982, y la Carta de la Tierra que se presentó a la Asamblea General en el 2002. Tales textos destacan que:” Toda forma de vida es única, mereciendo respeto al margen de si es o no útil a los

humanos”. Pero como corresponde a las tradiciones de nuestra modernidad, tales iniciativas son aprobadas y firmadas solemnemente por los representantes de los países miembros, para no ser jamás cumplidas ni respetadas después.

Igualmente deficientes a este respecto resultan nuestras instituciones religiosas de Occidente, cuyo énfasis en la revelación verbal opaca la manifestación de lo divino en el mundo natural. Más aún, cualesquiera manifestaciones panteístas que ven al Creador como inmanente en todo lo creado, se consideran frecuentemente heréticas. Por otra parte el excesivo énfasis en los procesos de redención y salvación, desatienden los procesos de creación, como fenómeno permanente del mundo natural. Para nuestras tradiciones religiosas la creación fue un programa divino que se completó. Recordemos que, completada su obra, Dios descansó el séptimo día. Nos vemos así, privados de experimentar lo divino como permanente en nuestro entorno inmediato y cotidiano.

La economía, la jurisprudencia y las religiones se enseñan en las Universidades, reforzando la visión de que el mundo de lo no-humano existe fundamentalmente para el uso humano, ya sea por razones económicas, científicas, estéticas, recreacionales o espirituales. Así, pues, las Universidades acaban siendo soportes de una patología que resulta absolutamente ruinosa para el planeta. Incluso las llamadas humanidades, tal como se las enseña, contribuyen a reforzar la tendencia descrita. El excesivo valor que se concede a lo humano, impide comprender de manera adecuada el lugar y el papel que nos corresponde en la estructura y en el funcionamiento del rico y complejo tejido del mundo natural. Dejamos así de reconocer que lo humano, por muy noble que sea, se debe al mundo más de lo que el mundo se debe a lo humano.

Resulta notable, sin embargo, que la primacía del mundo total por sobre cualesquiera de sus partes, fue reconocida plenamente en la antigüedad. En la *Summa contra Gentiles*, Tomás de Aquino afirma: “El orden del Universo es la última y más noble perfección de las cosas”. Y en la *Summa Theologica* agrega: “Todo el Universo junto participa en la bondad divina y la representa mejor que cualquier ser individual”.

La gran ruptura, de la que aún no nos recuperamos, ocurrió en el Siglo XVII con René Descartes que literalmente *desalmó* (le robó el alma) al mundo con su división de la realidad entre mente y extensión. Así todo lo no humano se

re-concibió como meros entes mecánicos, destinados a ser explotados y utilizados exclusivamente para el servicio de los seres humanos.

No deja de ser extraño que en la temprana Edad Media, por intuición, se reconociera la indisoluble unidad de todos los componentes del mundo, y que en la modernidad, con tanto y tan espectacular conocimiento acumulado, la tan *desalmada* tradición cartesiana siga tan vigente, y la Universidad continúe siendo su principal cultora. Ahora que tenemos evidencias de que estamos genéticamente relacionados con todas las otras formas de vida, estamos capacitados para comprender que nuestro bienestar depende del bienestar de la Tierra. Sin embargo, a pesar de las evidencias, seguimos incapaces de reconcebir la economía, el derecho, las humanidades, la religión y la educación científica. La Universidad parece entrampada en una fijación de la que no logra escapar, a pesar de que sus aportes tradicionales han demostrado ser incapaces de prevenir la devastación del planeta.

A pesar de lo manifestado, cabe destacar que algunos procesos positivos y promisorios ya se han desatado. En materia de economía, los aportes de la nueva disciplina de la Economía Ecológica desde la creación de la Sociedad Internacional correspondiente y de la edición de su revista transdisciplinaria. En lo que respecta a jurisprudencia, la Carta de la Tierra, ya mencionada. En cuanto a religiones, un aporte trascendental ha sido el Foro sobre Religiones y Ecología, resultado de tres años de conferencias en la Universidad de Harvard, que examinaron las diversas visiones sobre la naturaleza en distintas tradiciones religiosas del mundo. También en lo que corresponde a educación está la Declaración de Tailloires que llama al *enverdecimiento* de las Universidades y a la adopción, en su seno, de prácticas sustentables. Por último cabe destacar una inesperada revolución relacionada con la enseñanza de la economía. En efecto, en Junio del año 2000, un grupo de estudiantes de postgrado de economía, en Francia, lanzaron un manifiesto denunciando a la economía, tal como se la enseña actualmente en las Universidades, como una disciplina autística. Plantearon la necesidad de escaparse de mundos imaginarios, de frenar el uso incontrolado de las matemáticas, y de reivindicar el pluralismo en la docencia de la economía. Terminan haciendo un llamado a los profesores para que despierten antes de que sea demasiado tarde. A los pocos días un segundo manifiesto fue lanzado; esta vez de profesores de economía, también franceses. En su texto apoyan los planteamientos de los estudiantes, y destacan las que, según ellos, son las cinco fallas fundamentales en la enseñanza actual de la economía: la marginación de toda teoría que no sea neoclásica; la falta de relación entre la economía que se enseña en las

aulas y la realidad económica; el uso de las matemáticas como un fin en sí mismo, en lugar de ser un instrumento; los métodos docentes que excluyen o prohíben el pensamiento crítico; y la necesidad de una pluralidad de enfoques que se adapten a la complejidad de la realidad económica estudiada. De este modo quedó lanzado el “Movimiento de la Economía Post-autística”, que ha recabado en un solo año un considerable apoyo, especialmente en Universidades europeas.

Todas las iniciativas señaladas surgen al margen de lo que sigue siendo aceptado y consagrado como legítimo por buena parte de las cuatro instituciones que nos preocupan: religiones, corporaciones, gobiernos y Universidades. La necesidad imperiosa de superar nuestra alineación sigue vigente. La cuestión se reduce a qué iniciativas tomar, que nos conduzcan a un modo de vida más viable con el mundo natural. Al analizar las alternativas, me inclino a creer que las religiones son demasiado conservadoras y pías; las corporaciones son demasiado devastadoras; y los gobiernos son demasiado subordinados a intereses políticos de corto plazo. Queda, pues, y a pesar de todo, la Universidad como única alternativa. Es la Universidad la que, volviendo a honrar su capacidad crítica y su autonomía tantas veces perdidas (o voluntariamente renunciadas), puede y debe alzarse una vez más como guía de la comunidad humana, y a través de su nuevo quehacer, estimular un cambio coherente en las otras tres instituciones. Es la Universidad la que debe crear conciencia en los jóvenes de que los humanos existen, sobreviven y se hacen completos como seres, sólo como parte de la grande y única comunidad del planeta Tierra. La urgencia por promover una nueva conciencia no sería tan grande si la devastación de nuestro planeta no fuera tan arrolladora.

La Universidad, desde la temprana Edad Media, ha sufrido y sobrevivido muchas transiciones. Sin embargo me atrevo a manifestar que jamás se ha enfrentado a un tipo de transición tan profunda y urgente como la que de ella ahora se demanda. Hubo épocas en que la Universidad fue dominada por la teología, que era la reina indiscutible de todas las ciencias. Hubo períodos en que fue dominada por las humanidades. Y hay períodos como el actual, en que está dominada por una ciencia mecanicista, por tecnologías como fines en sí mismos y por disciplinas relacionadas con los negocios, con el *business administration*, como se le llama para que esté más a tono.

La emergencia actual demanda que la Universidad se vuelque hacia una cosmología existencial en la que las dimensiones tanto físicas como espirituales del Universo sean reconocidas. Ello no se logra, por cierto, con

establecer un curso de ecología, sino reconociendo a las principales disciplinas tales como la medicina, la ingeniería, las ciencias básicas, el derecho las ciencias aplicadas, las humanidades y, por supuesto la economía, como extensiones de la ecología, entendida ésta en su sentido más amplio y profundo. La historia del Universo, sus tramas, sus redes, sus relaciones y sus interdependencias debieran ser la base sobre la que se construya la formación de todas y cualesquiera de las profesiones universitarias.

En el seno de la Universidad hay que decidir con audacia y valentía, acaso se continuará con el adiestramiento de personas para satisfacer demandas y necesidades coyunturales, o se formarán personas para un mundo integral e integrado que está dolorosamente pujando por renacer. Con tanto conocimiento acumulado sobre el Universo y sus funciones, resulta insólita, como lo ha demostrado el Siglo XX, nuestra incompetencia para utilizar dicho conocimiento en beneficio de nosotros mismos y de todas las manifestaciones de la vida. No se trata, empero, de engolosinarnos con la crítica a la Universidad. De lo que se trata es de inducir el reconocimiento de que con más urgencia que en toda su milenaria historia, la Universidad debe hoy repensarse a si misma y lo que está haciendo.

Después de haber estado ocho años a la cabeza de una gran Universidad, he acumulado, por cierto, satisfacciones y frustraciones. He logrado enseñar algo y he aprendido mucho. He aprendido lo suficiente como para estar absolutamente convencido de que debemos, con decisión y sin inhibiciones, repensarnos profundamente y pronto, para ser coherentes con los desafíos históricos de nuestro tiempo y de nuestra circunstancia. En tal sentido, y aunque no pretendo tener todas las soluciones, he pensado en algunos pasos iniciales.

Todos los grandes problemas que estamos destinados a enfrentar en este nuevo siglo, tales como: disponibilidad de agua, migraciones forzosas, pobreza, violencia y terrorismo, agotamiento de recursos, extinción de especies y de culturas, desastres ambientales, y otros, son todos el resultado del largamente mantenido divorcio entre lo humano y lo distinto de lo humano. Hoy nos toca pagar la cuenta de esa artificial pero poderosa discontinuidad impuesta por la revolución científica del Siglo XVII. Pero hay algo más que, si adecuadamente tratado, puede servirnos para orientar nuestra acción. Todos los problemas enumerados son, además, indiscutiblemente transdisciplinarios. Vale decir, que ninguno de ellos puede ser abordado en plenitud a partir de disciplinas específicas e individuales. He aquí, entonces, el

primer paso que la Universidad puede dar en la dirección de la pretendida coherencia.

Propender a transdisciplinarnos es un paso correcto. Para ello propongo, Primero, generalizar en todas las carreras una base formativa a partir de la historia del Universo, de acuerdo a lo ya sugerido. Segundo, orientar la metodología de la enseñanza hacia la solución de problemas concretos del mundo real, en vez de atosigar a los estudiantes con un curso detrás de otro, poco o nada vinculados con la realidad. Tercero, propender a nivel de postgrado al diseño de programas en áreas temáticas, tales como las enumeradas como grandes problemas del nuevo siglo, en vez de programas acotados estrictamente en términos de una determinada disciplina. Se trata de tres iniciativas de entre muchas otras, que habría que adoptar en el futuro. Ojalá tengamos la voluntad de dar estos primeros pasos. Ello distinguiría a las Universidades que lo hagan, como instituciones de la nueva y esperada vanguardia.

¡Quiero creer que la Universidad sabrá cumplir con el papel que el nuevo siglo le demanda!